

do por una forzada inmovilidad y, también, por el ascendente aterrimiento que provocaba el suelo helado. Recorrió la estancia con la mirada. En ella, tan solo distinguió una mesa destartalada con restos de comida y algunas botellas vacías. También se impuso la imagen de una silla de anea apoyada en la pared. Fueron los únicos objetos que, como fantasmas, Fabiano logró vislumbrar entre una débil luz, filtrada por las cortinas del ventanuco que presidía la estancia.

Eran objetos que denunciaban presencia humana. Sin duda, una presencia cargada de peligro. Una presencia enemiga o, cuando menos, ingrata que podía aparecer en el momento menos pensado. Sin embargo, el transcurrir de unas horas, eternizándose, sepultó los posibles atisbos de esa presencia. Y su estado de alerta, por un lado, y el del temor, por otro, aminoraron su intensidad. Nadie, ni una voz, ni un ruido permitían aplacar la exasperación que le corroía. La espera se fraguaba tan incierta como interminable. Martina, cercana a él, continuaba inconsciente. Parecía dormida. Como un ángel. Algodonada en el sueño.

Cuando el anochecer se hizo totalmente presente, Fabiano, abatido y resignado, perdió el último destello de esperanza. Debía aceptarlo: había pasado tiempo; tal vez, demasiado. Pero no logró discernir cuánto. Podían ser horas o casi un día entero. Y, salvo la visión de aquel cuartucho, mil veces explorado desde el rincón al que había sido arrastrado, solo el temor a lo desconocido cabía en su mente. Con Martina todavía inconsciente, la incertidumbre de lo que pudiera pasarles acrecentaba su ya insufrible angustia. Las manos atadas y la boca sellada confirmaban de manera clara cuál era la situación.

No tenía dudas: habían sido secuestrados. Pero ¿quién?, ¿por qué?

Las preguntas sin respuesta, martilleándole en el cerebro, perforaban su mente con dentelladas de lobo. Así, sin cesar un momento, la agria herida del miedo seguía aumentando y se propagaba en oleadas concéntricas. Como las sacudidas de un terremoto. Vomitándole la asquerosidad del sufrimiento.

Primero, intentó atar cabos, recordando cada uno de sus pasos desde que saliera de casa.

En el GCR la alerta saltó cuando, en uno de los correos pinchados, aparecieron las siglas «C.C.C.®». Correspondía a un chico del instituto. A uno de los que, verbalmente, se había burlado de Fabiano el día de la conferencia. Aparte de varias indicaciones en clave, el fragmento de marras decía: «Acallar el pico a los guarros. No deben decir ni pío. C.C.C.®».

La alarma se expandió más con los descubrimientos del sargento. En su incansable navegar por internet, había aclarado alguno de los galimatías que ocultaban nombres y reuniones. La mayor parte de esos nombres correspondía a gente con nexos comunes: extremismo ideológico, racismo, culto a la violencia...; en suma, gente

a la que le gustaba jugar con fuego. Sin embargo, esta normalidad de la anormalidad en uno de esos galimatías estaba rodeada de sombras. Como capas de cebolla, una sobre otra, conformando un camuflaje al que no había manera humana de acceder.

Al sargento le escamaban cosas tan simples como la excesiva puridad ultra. Puridad casi infantil, que no concordaba con el típico prototipo de ideologías de ultraderecha. Menos todavía con sus formas de actuar. Parecía un extremismo de cartón piedra, una tapadera de algo más sórdido e, incluso, más cruel.

La conclusión final del sargento fue:

1. Quien fuera, mandaba dar matarile a los guarros, es decir, a Martina y a Fabiano y, por alcance, a quienes les ayudaban.

2. La causa, desconocida. Tal vez estaba entre las desgranadas por el comisario: ideología, mafias, comercio de órganos...

3. El dilema seguía sin solución. Era necesario tender una trampa.